

VELADA DECIMA.

EL SENADOR.

Decidme, querido Caballero, ¿habeis soñado con los sacrificios de la noche pasada?

EL CABALLERO.

Si que he soñado, y como es un pais desconocido para mí, todavía no veo los objetos sino de un modo confuso. Me parece, sin embargo, que el asunto sería muy digno de profundizarse, y no creo en ese sentimiento interior de que hablamos otro dia: nuestro comun amigo habrá realmente abierto en la última velada una rica mina, que ya no se trata sino de explotar.

EL SENADOR.

De eso precisamente es de lo que quisiera hablaros hoy. Me parece, señor Conde, que habeis puesto el principio de los sacrificios á cubierto de todo ataque, y habeis sacado de él gran número de consecuencias útiles. Creo además, que la teoría de la *reversibilidad* es tan natural al hombre, que puede mirarse como una verdad *innata*, en toda la estension de la palabra, puesto que es absolutamente imposible que la hayamos aprendido. ¿Pero creéis que suceda lo mismo para *descubrir*, ó al menos entrever, la razon de este dogma universal?

Cuanto mas se examina el universo, tanto mas nos inclinamos á

creer que el mal viene de cierta division que no puede confundirse, y que la vuelta al bien depende de una fuerza contraria que nos impulsa sin cesar hácia cierta unidad igualmente inconcebible (1). Esa comunidad de méritos y esa reversibilidad que tan perfectamente habeis probado, no pueden dimanar sino de esa unidad que nosotros no comprendemos. Reflexionando sobre la creencia general y sobre el instinto natural de los hombres, causa admiracion el ver esa tendencia á unir cosas que la naturaleza parece haber separado absolutamente. Están muy dispuestos, por ejemplo, á considerar un pueblo, una ciudad, una corporacion, pero sobre todo una familia, como un sér moral, con sus buenas y malas cualidades, capaz de merecer ó desmerecer, y susceptible por consiguiente de penas y recompensas. De ahí proviene la *preocupacion*, ó para hablar con mas exactitud, el *dogma* de la nobleza, tan universalmente arraigado entre los hombres. Si lo sometéis al exámen de la razon, no puede resistir esta prueba; porque no hay ninguna distincion que mas estraña nos sea, que aquella que recibimos de nuestros antepasados; y sin embargo, no hay para nosotros otra de mas aprecio ni que con mas satisfaccion reconozcamos, á no ser en tiempo de facciones; y aun entonces los ataques contra ella son una especie de homenaje indirecto y un reconocimiento formal de esta grandeza que se quisiera extinguir.

Si la gloria es hereditaria en la opinion de todos los hombres, la infamia lo es tambien por la misma razon. Se pregunta alguna vez, con poca reflexion, por qué la infamia del crimen ó del suplicio debe recaer sobre la posteridad del culpable; y los mismos que hacen esta pregunta, se vanaglorian en seguida del mérito de sus antepasados; lo cual no deja de ser una contradiccion manifiesta.

EL CABALLERO.

Jamás he notado esta analogia.

(1) El género humano en cuerpo podría, en esta suposicion, dirigirse á Dios las mismas palabras empleadas por S. Agustin hablando de sí mismo: «Yo fui cortado en pedazos en el momento en que me separé de tu unidad para perderme en una multitud de objetos: tú te dignaste reunir los pedazos de mí mismo.» *Colligens me a dispersione in qua frustratim discessus sum, dum ab uno te aversus in multa evanui.* (D. August. Confess. II, 1, 2.)

EL SENADOR.

Es, sin embargo, bastante notoria. Uno de vuestros abuelos, querido Caballero (tengo un gran placer en recordároslo), murió en Egipto siguiendo á San Luis: otro pereció en la batalla de Margrian, disputando una bandera al enemigo; en fin, vuestro último abuelo perdió un brazo en Fontenoi. No creo opinareis que esta distincion, esta nobleza os sea estraña, y no negareis si afirmo que antes perderiais la vida que renunciar á la parte de gloria que os resulta de tan bellas acciones. Pero pensad que si vuestro abuelo del siglo XIII hubiese entregado á San Luis á los sarracenos, en lugar de morir á su lado, esa infamia os sería comun por la misma razon y con la misma justicia con que os ha trasmitido una gloria tan personal como el crimen, si no creyese mas que á nuestra engañosa razon. No hay medio, querido Caballero; es necesario ó admitir voluntariamente la infamia, si os toca en suerte, ó renunciar á la gloria. La opinion en este punto no es dudosa. El mayor incrédulo, en cuanto á la deshonor hereditaria, es el que la sufre: luego su juicio es evidentemente nulo. A esos que por solo el placer de manifestar su erudicion y contradecir ideas recibidas, hablando y aun escribiendo libros contra lo que ellos llaman *la casualidad ó preocupacion* de nacimiento, proponedles asociarse, por medio del matrimonio, á una familia infamada en tiempos antiguos, y vereis lo que os responden, si tienen un nombre ó solamente algun honor.

En cuanto á los que ni uno ni otro tienen, es preciso dejarlos; porque estos naturalmente han de hablar en su favor.

Esta misma teoría podrá darnos alguna luz sobre el inconcebible misterio del castigo de los hijos por los crímenes de sus padres. Nada choca tanto á primera vista como la maldicion hereditaria: ¿y por qué así, puesto que la bendicion es tambien hereditaria? Notad bien que esas ideas no pertenecen solamente á la Biblia, como generalmente se cree. Esa herencia feliz ó desgraciada es de todos los tiempos y de todos los paises: pertenece al paganismo, lo mismo que al judaismo ó al cristianismo; á la infancia del mundo, lo mismo que á las naciones viejas: se encuentra en los teólogos, lo mismo que en los filósofos; en los poetas, lo mismo que en el teatro y en la Iglesia.

Los argumentos que la razon facilita contra esa teoría, se pare-

cen al de Zenon contra la posibilidad del movimiento. No se sabe qué responder, pero se camina. La familia sin duda se compone de individuos, que segun la razon nada tienen de comun; pero segun el instinto y la persuasion universal, toda familia es *una*.

En las familias soberanas, sobre todo, es donde mas particularmente brilla esta unidad: el soberano cambia de nombre y de rostro; pero existe siempre, como dice la España: Yo EL REY. Vosotros, los franceses, querido Caballero, teneis dos bellas máximas mas verdaderas de lo que tal vez se piensa: la una de derecho civil: *la muerte coge al vivo*; y la otra de derecho público: *el rey no muere*. No hay, pues, necesidad de dividirlo con el pensamiento, cuando se trata de juzgarle.

Causa admiracion ver algunas veces á un inocente monarca parecer miserablemente en una de esas catástrofes políticas, tan frecuentes en el mundo. No creais que trato de ahogar la compasion en los corazones; pues bien sabeis cuánto han hecho sufrir al mio los crímenes recientes; pero ateniéndonos rigurosamente á la razon, ¿qué es lo que se quiere decir? Un culpable puede ser inocente y aun santo el dia de su suplicio. Hay crímenes que no están consumados ni bastante caracterizados sino despues de un largo espacio de tiempo: hay otros que se componen de una multitud de casos mas ó menos escusables, considerados aisladamente, pero cuya repeticion llega por fin á hacerse muy criminal. En estos casos es evidente que la pena no puede preceder al complemento del crimen.

Aun en los crímenes instantaneos, los suplicios son siempre suspendidos, y deben serlo. Esta es tambien una de esas ocasiones tan frecuentes, en que la justicia humana sirve de intérprete á aquella de que la nuestra no es mas que una imágen y una derivacion.

Un aturdimiento, una lijereza, una contravencion á algun reglamento de policia, pueden ser reprimidos desde luego; pero si se trata de un crimen propiamente dicho, jamás es castigado el culpable desde el momento en que se constituye tal. Bajo el imperio de la ley mahometana, la autoridad castiga, hasta con la muerte, al hombre que juzga acreedor á ella, en el momento y en el mismo lugar en que le coge; y estas bruscas ejecuciones, que no han dejado de tener ciegos admiradores, ofrecen una de las numerosas pruebas del embrutecimiento y reprobacion de estos pueblos. Entre nosotros el orden es enteramente diferente: es preciso que el culpable sea aprehendido, que sea acusado y que se defienda; y sobre todo, es preciso que piense en su conciencia y en sus negocios; son

necesarios preparativos materiales para su suplicio; en fin, es necesario cierto tiempo para conducirlo al lugar del suplicio, que está fijo. El cadalso es un altar; por consiguiente, no puede ser colocado ni quitado sino por la autoridad: y estas respetables dilaciones, hasta en sus excesos, que no dejan de tener ciegos detractores, son una prueba de nuestra superioridad.

Si sucede que durante la suspension indispensable que debe tener lugar entre el crimen y el castigo, la soberanía viene á cambiar de nombre, ¿qué importa á la justicia? Es necesario que ella siga su curso ordinario. Aun haciendo abstraccion de esta unidad que yo contemplo en este momento, nada es humanamente mas justo; porque ningun heredero puede dispensarse de pagar las deudas que tenga la sucesion, á menos que renuncie á ella. La soberanía responde de todos los actos de la soberanía. Todas las deudas, todos los tratados, todos los crímenes la obligan. Si por algun acto desordenado organiza hoy un gérmen malo, cuyo desarrollo natural debe obrar una catástrofe dentro de cien años, este golpe lo recibirá justamente la corona á los cien años; y para sustraerse á él es preciso renunciarla. Jamas es TAL REY, sino EL REY sea inocente ó culpable. Platon, no sé donde, me parece que es en el *Gorgias*, nos dice una cosa espantosa, en la cual no me atrevo á pensar (1); pero si su proposicion se entiende en el sentido en que ahora os la presento, podria muy bien tener razon. Pueden trascurrir siglos enteros entre el acto meritorio y la recompensa, entre el crimen y el castigo. El rey no puede nacer ni morir mas que una vez; dura tanto como la monarquía. Si llega á hacerse culpable, es tratado con gravedad y circunspeccion; y segun las circunstancias, es advertido, amenazado, humillado, suspendido, aprisionado, juzgado ó sacrificado.

Despues de haber examinado al hombre, examinemos lo que hay de mas maravilloso en él, á saber, la palabra; y encontraremos el mismo misterio, es decir, division inesplicable y tendencia hácia cierta unidad igualmente inesplicable. Las dos épocas mas grandes del mundo espiritual, son sin duda la de *Babel*, en que las lenguas se dividieron, y la de *Pentecostes*, en que hicieron un maravilloso esfuerzo para reunirse. Puede añadirse como de paso,

(1) Προστὴς πόλεως οὐδ' ἄν εἰς ποτε ἀδίχως ἀπόλοιτο ὑπ' αὐτῆς πόλεως ἢς προστατεῖ. (Plat. *Gorgias*. Opp. t. VI, édit. Bipont., pag. 156).

que esos dos prodigios tan extraordinarios de que se hace mencion en la historia del hombre, son al mismo tiempo los hechos mas ciertos de que tenemos conocimiento. Para negarlos, es preciso á la vez carecer de razon y de probidad.

Ved en ellos como todo ha sido dividido, y todo busca la reunion: conducidos los hombres por este sentimiento, lo atestiguan de mil maneras. Han querido, por ejemplo, que la palabra *union*, significase la *ternura*, y esta palabra *ternura*, no significa mas que la disposicion á la union. Todas sus señales de *adhesion attachment* (palabra creada por el mismo sentimiento), son de uniones materiales; todas se dan la mano y se tocan entre sí. Siendo la boca el órgano de la palabra, y por lo mismo órgano y expresion de la inteligencia, todos los hombres han creído, que habia en la aproximacion de dos bocas humanas alguna cosa sagrada que anunciaba la mezcla ó confusion de dos almas. El vicio se apodera de todo y se sirve de todo, pero yo no examino mas que el principio.

La religion ha llevado al altar *el ósculo de paz* con gran conocimiento de causa: recuerdo tambien haber encontrado al hojear los Santos Padres, trozos en que se quejan de que el crimen se atreva á hacer servir para sus excesos un signo santo y misterioso. Pero, ya sea ocasion á la imprudencia, sea que espante al pudor, ó que ria en los puros labios de la esposa y de la madre, ¿de dónde se deriva su generalidad y su poder?

Nuestra unitiva unidad resulta de nuestra unidad en Dios, tan celebrada por la misma filosofia. El sistema de Mallebranche *de la vision en Dios*, no es otra cosa que un soberbio comentario de las tan conocidas palabras de S. Pablo: *en él vivimos, nos movemos y somos*. El pantheismo de los stoicos y el de Spinoza, son una corrupcion de esa grande idea; pero es siempre el mismo principio, es siempre la tendencia hácia la unidad. La primera vez que leí en la grande obra del admirable Mallebranche, tan desdeñado por su injusta y ciega patria: *que Dios es el lugar de los espíritus, como el espacio es el lugar de los cuerpos*, quedé desvanecido por este golpe de genio y dispuesto á prosternarme. Los hombres han dicho pocas cosas tan bellas.

Tuve en otro tiempo antojo de hojear las obras de Mad. Gnyon, únicamente porque me la habia recomendado el mejor de mis amigos, Francisco de Cambrai. Me tocó un pasaje del comentario sobre el «Cantar de los cantares,» en que esta mujer célebre com-

para las inteligencias humanas á las aguas corrientes, que habiendo partido todas del Oceano, se agitan incesantemente hasta volver á él. La comparacion está llevada con mucha exactitud; pero ya sabeis que los trozos de prosa no se retienen fácilmente en la memoria. Felizmente puedo suplir esta dificultad recitándoos los versos escesivamente bellos de Metastasio (1), que ha traducido Madama Gnyon, á menos que no los haya encontrado como por milagro.

El agua que del mar tomó su origen,

Baña la villa y la ciudad y el monte:

Presurosa los rios recorriendo,

Prisionera en la fuente de los bosques,

Murmura siempre y gime,

Hasta que llega al mar:

Donde adquirió sus linfas,

Donde nació ignorada,

Donde tras largos viajes

Espera reposar (2).

Pero todas esas aguas no pueden mezclarse en el Oceano sin confundirse en el conjunto, al menos de cierta manera que yo no comprendo perfectamente. Quisiera algunas veces lanzarme fuera de los estrechos límites del mundo; quisiera anticiparme al día de las revelaciones y sumergirme en lo infinito. Cuando se borre la doble

(1) ...Musarum comitis, cui carmina semper

Et citharæ cordi, numerosque intedere nervis.

(Virg., Æn., IX, 775-776.)

(2) Metart. Artas. III, I.—Ved aquí el trozo de Mad. Gnyon citado en el diálogo: «Siendo Dios nuestro último fin, puede el alma discurrir por él sin cesar, como que se halla en su término y en su centro, y ser confundida en él y trasformada sin salir de él jamás. Así como un río que es un agua salida del mar y muy distinta del mar, encontrándose fuera de su origen, trata con sus agitaciones diversas de acercarse al mar, hasta que habiendo al fin vuelto á caer en él, se pierde y se confunde en él, así como estaba perdido y confundido antes de salir de él, y ya no puede ser distinguido.» (Comment. sur le Cantique des Cantiques; in 12, 1687, cap. I, v. 1.)

El ilustre amigo de Mad. Gnyon explica también la misma idea en su Telémaco. La razón, dice, es como un gran Oceano de luces: nuestros espíritus como pequeños arroyuelos que salen de él y vuelven á él, para perderse en él. (Lib. IV.)

Se conoce en estos dos trozos, dos almas confundidas.

ley del hombre y cuando sus dos centros se confundan, será uno, porque no habiendo ya en él lucha, ¿dónde podrá tener la idea de la duidad? Pero si consideramos á los hombres los unos á la vista de los otros, ¿qué será de ellos cuando anonadado el mal, no haya pasiones ni interes personal? ¿Qué vendrá á ser el yo, cuando todos los pensamientos sean comunes, como los deseos, cuando todos los espíritus se vean como son vistos? ¿Quién puede comprender, quién puede representarse esa Jerusalem celestial, en que penetrados todos sus habitantes por el mismo espíritu, se penetren mutuamente y se reflejen la felicidad? (1) Una infinidad de seres luminosos de la misma dimension, si vienen á coincidir exactamente al mismo lugar, ya no son una infinidad de seres luminosos; es un solo ser infinitamente luminoso. Me guardaré muy bien, sin embargo, de tocar á la personalidad, sin la cual la inmortalidad es nada; pero no puedo menos de admirarme al ver que todo el Universo nos lleva á esta misteriosa unidad.

San Pablo ha inventado una palabra que ha pasado á todas las lenguas cristianas; esta es la de «edificar» que es admirabilísima al primer golpe de vista; porque ¿qué hay de comun entre la construccion de un edificio y el buen ejemplo que se dá á su prójimo?

Pero se descubre muy pronto la raíz de esta espresion. El vicio desvia á los hombres, al modo que la virtud los une. No hay un solo acto contra el orden, que no produzca un interes particular contrario al orden general; no hay un solo acto puro, que no sacrifique un interes particular al interés general, es decir, que no tienda á crear una voluntad única y regular en lugar de esos millares de voluntades divergentes y culpables. San Pablo, pues, partia de la idea fundamental, de que todos nosotros constituimos «el edificio del Salvador» (2). Explica esta idea de muchas maneras. Quiere que los unos *edifiquen* á los otros; es decir, que cada hombre ocupe voluntariamente su lugar; como una piedra del edificio espiritual, y que procure con todas sus fuerzas de atraer hácia ese edificio á los demás, con el fin de que todo hombre «edifique y sea edificado.» Pronuncia principalmente esta espresion célebre: «la ciencia hincha, mas la caridad edifica» (3): espresion admirable, y de notable

(1) Jerusalem quæ edificatur ut civitas cujus participatio ejus in idipsum.

(2) Cor. III, 9.

(3) I. Cor. VIII, 10.

verdad; porque la ciencia **reducida** á sí misma divide, en lugar de unir, y todas sus construcciones no son mas que apariencias; en vez de que la virtud «**edifica**» realmente, y no puede obrar sino «**edificando**.» San Pablo **habia** leído en el sublime testamento de su maestro, que los hombres **son** uno y muchos como Dios (1); de manera que todos «**son terminados** y consumados en la unidad,» porque hasta ellos la obra **no** está concluida. ¿Y cómo no habrá entre nosotros una cierta **unidad** (ella será lo que quiera, y se la llamará como se quiera) **cuando un solo hombre nos ha perdido por un solo acto?** No formo aquí **un** «**círculo**» para probar la unidad por el origen del mal, y el origen del mal por la unidad: nada de eso; el mal se halla harto probado por sí mismo; se halla por todas partes, y sobre todo en nosotros. Luego de todas las suposiciones que pueden imaginarse para **explicar** su origen, ninguna satisface el buen sentido, enemigo del **ergotismo**, tanto como la creencia que le presenta, como el resultado hereditario de una prevaricación fundamental, que tiene por ella **el torrente** de todas las tradiciones humanas.

La degradación del **hombre** puede por lo tanto ser colocada en el número de las pruebas **de** la unidad humana, y ayudarnos á comprender, como por ley **de analogía**, que rige todas las cosas divinas; ha venido también la **salvación** por uno solo (2).

Deciais el otro día, señor **Conde**, que no habia dogma cristiano que no estuviese apoyado en **alguna** tradición universal y tan antigua como el hombre, ó sobre **algún** sentimiento innato que nos es tan propio como nuestra propia **existencia**. Nada mas cierto. ¿No habeis reflexionado nunca en la **importancia** que han atribuido siempre los hombres á las comidas hechas **en comun**? «La mesa, dice un antiguo proverbio griego, es la **introducción** de la amistad» (3). Ni tratados, ni convenios, ni fiestas, ni **ceremonia** de ninguna especie, ni aun lúgubres, acontecen sin estas **comidas**. Porque la invitación dirigida á un hombre para que coma **en casa** de uno, es un acto de urbanidad.

(1) «Que ellos sean uno **como** nosotros (Joann. XVII, II.) Con el fin de que sean todos juntos, **como** vos estais en mí y yo en vos, que sean del mismo modo uno en vos (Ibid. XXI.) Y les he dado la gloria que me habeis dado, con el fin de que sean uno como nosotros somos uno. (Ibid. XXII.)»

(2) «Yo soy en ellos y vos **en mí**, con el fin de que sean reasumidos en uno. (Ibid. XXIII.)»

(3) Rom. V, 17, sep.

dad. ¿Por qué es mas honorífico sentarse á la mesa de un príncipe que sentarse á su lado? Descended desde el palacio del monarca europeo hasta el ajuar del cacique; pasad desde la civilización mas refinada á los rudimentos de la sociedad; examinad todas las categorías, todas las condiciones, todos los caracteres, y en todas partes encontrareis los convites establecidos como una especie de religion, como una teoría de consideraciones, de benevolencia, de etiqueta, y muchas veces de política; teoría que tiene sus leyes, sus observancias, sus minuciosidades muy notables. Los hombres no han encontrado signo de union mas espresivo que el de reunirse para tomar, así reunidos, un alimento comun. Este signo ha parecido elevar la union hasta la unidad. Siendo, pues, este sentimiento universal, lo ha elegido la religion para hacer de él la base de su principal ministerio; y como toda comida, segun el instinto universal, era una «**comunion**,» en la misma copa (1) ha querido á su vez que su «**comunion**» fuese una «**comida**.» Para la vida espiritual, como para la vida corporal, el alimento es necesario. El mismo órgano material sirve para la una y para la otra. En este banquete todos los hombres se convierten en uno solo, alimentándose de un solo manjar, que es único y que está todo en todos. Los antiguos Padres, para hacer sensible hasta cierto punto la transformación de la unidad, dedujeron voluntariamente sus comparaciones de la «**espiga**» y del «**racimo**,» que son los materiales del misterio. Porque así como muchos granos de trigo ó de uva no constituyen mas que un pan y una bebida, de la misma manera ese pan y ese vino místicos que se nos presentan en la Santa Mesa rompen el yo, y nos absorben en su inconcebible unidad.

Hay una multitud de ejemplos de este sentimiento natural, legitimado y consagrado por la religion, y que podria mirarse como huellas casi borradas de un estado primitivo. Siguiendo este camino, ¿creeis, señor Conde, que fuese absolutamente imposible formarse cierta idea de esa solidaridad que existe entre los hombres (permítidme este término de jurisprudencia), de donde resulta la reversibilidad de los méritos, que todo lo explica?

EL CONDE.

Me seria imposible, mi respetable amigo, el explicaros, de una

(1) *In segno della comunione è partizipazione á sacrifici essendo la mensa in se stessa sacca, é non essendo altro i conviti que sacrifici.* (Antichità di Escolano. Napoli, 1779, in fol., tom. VII, tav. IX, pág. 42).